

## Julio César Sanz Elguera (1938-1997) En memoria del maestro

*Leopoldo Arteaga*

“En nuestros días, que pertenecen a la era de la ciencia y la tecnología, comprender la ciencia es casi un deber moral”. Frase que sintetiza no sólo una innegable verdad de nuestro tiempo, sino que, en Julio Sanz, significó también la conjunción de dos grandes temas de su reflexión vital: la ética y la ciencia.

El magisterio de Julio César Sanz Elguera, se inició allá por la década del 60. Siendo aún estudiante de filosofía fue designado por Augusto Salazar Bondy, el gran maestro y filósofo sanmarquino, como su asistente de cátedra. Sus compañeros de estudios de esa época recuerdan, no sin cierta admiración, su gran dedicación al estudio, “como estudiante —dicen— fue el alumno de más alto rendimiento académico en la especialidad... tenía promedios altísimos en notas”. Comenzó colaborando con el curso de “Introducción a la filosofía” y llegó, por méritos académicos propios, a desarrollar por encargo de su maestro, los cursos de “Ética y axiología” a nivel doctoral. El reconocimiento a su calidad de joven estudioso se puso de manifiesto, una vez más, cuando fue requerido por el Dr. Ferro y también por el Dr. Luis Alarco como su asistente.

Se comentaba, entre los amigos, lo difícil que le había sido aceptar ser asistente del Dr. Alarco en la asignatura de “Metafísica

general". Lo paradójico para el novel docente fue que, por un lado, estaba la gratitud al maestro Alarco por la confianza dispensada y, por otro lado, el conflicto con sus propias convicciones de filósofo analítico. Tiempo después, repetiría la celebre frase "soy amigo de Platón, pero más amigo soy de la verdad". El resultado fue que replanteó el curso de "Metafísica general" desde su perspectiva filosófica. Coincidencia o no, pero al poco tiempo el curso se suprimió definitivamente. Sanz no sólo fue un entusiasta y aplicado asistente de Augusto Salazar Bondy, sino también un colaborador muy importante en sus publicaciones. Para el Dr. Raymundo Prado, fraterno compañero de estudios universitarios y testigo de excepción, "Julio Sanz fue la persona y el discípulo más cercano a Salazar Bondy".

Fue hombre de profundas convicciones: políticamente, sus raíces juveniles se encuentran ligadas al ideario aprista y, filosóficamente, durante toda su existencia, a la analítica y el neopositivismo.

Una anécdota escuchada en los históricos pasillos de la Facultad de Letras de San Marcos estaba referida a la gran conmoción que causó entre los jóvenes estudiantes de filosofía, adeptos a la analítica, la llegada al Perú del libro de Alfred J., Ayer *Lenguaje, verdad y lógica*. "Fue común ver a Julio Sanz, durante mucho tiempo, con el libro de Ayer bajo el brazo. La pasta deteriorada, las hojas amarillentas y llenas de anotaciones en los márgenes. Creyó con auténtica sinceridad que la verdad científica era la única verdad que existía". Más adelante reconocería que las verdades científicas eran sólo provisionales. La madurez, producto de sus largos años de docencia, de inagotables lecturas y tertulias, no lo hicieron abjurar nunca de las líneas vertebrales de su posición filosófica, "en Julio —nos dice el Dr. Raymundo Prado urgando entre sus recuerdos— sospecho que no ha habido rupturas en sus convicciones filosóficas; más bien sí, desarrollo, ampliación, apertura y mayor enriquecimiento en esa línea de pensamiento".

En otras oportunidades, cuando azuzado por sus ocasionales opositores le exigieran una declaración de fe o una pública rectificación, solía decir con serena y una casi imperceptible sonrisa "soy realista y... a mucha honra".

Fue el objetor más duro de la línea deductivista en la filosofía de las ciencias naturales. Defendió con esmerada precisión un tipo de inducción —no simplista ni común— relevando el rol de la observa-

ción y el experimento, pero con un reconocimiento explícito al papel que juegan las ideas, sea a través de conceptos, hipótesis, leyes o teorías, en la elaboración del conocimiento científico.

En cuanto a los temas éticos, su orientación se expresa con inicial tono polémico en su tesis de bachiller *La guillotina de Hume* (1972). Sustenta que “desde que Kant lo demandó enérgicamente, la autonomía de la moral se ha entendido como autonomía respecto de los hechos”, comprensión que se acentúa con las tesis éticas de Moore de separación de las proposiciones fácticas y los juicios morales. Problema que ya Hume había reconocido en su famoso pasaje “es-debe” del *Treatise of Human Nature*. Dicha autonomía de la moral, basada en la interpretación del mencionado pasaje de Hume, si en un principio se entendió como la imposibilidad de pasar de premisas no morales a conclusiones morales, terminó por interpretarse como la irrelevancia lógica de las proposiciones fácticas para sostener juicios morales. Por tanto, afirma Julio Sanz, a la exigencia de la autonomía moral se añadió —equivocadamente— la identificación de la lógica con la lógica formal. Puesto que, “desde el punto de vista del agente moral, las cuestiones morales y valorativas son argumentativas y las cuestiones de hechos son pertinentes como razones”, por consiguiente, no hay tal ruptura, sino, una necesaria ligazón en el actuar humano que siempre es un actuar moral, valorativo, remarcando en las conclusiones de su tesis que “las expresiones performativas señalan una vinculación aún más estrecha entre hechos y valores, regidos por un conjunto de reglas convencionales de uso”.

La denominación como “La guillotina de Hume” la hizo Max Black en 1964, en homenaje al principio insertado en el pasaje “es-debe”, porque representó la ruptura entre las proposiciones fácticas y los juicios morales y valorativos. Estas ideas Sanz las va ampliar y profundizar en su tesis para optar el grado de doctor en filosofía, denominada *Argumentos morales y argumentos éticos* (1987). En ella, parte de la premisa que toda decisión del sujeto comporta valores, que “es incuestionable que la conducta moral es una forma de conducta valorativa... Los pensadores —prosigue— han dividido sus esfuerzos entre los que pretenden remarcar lo que es común a toda la conducta valorativa —como A. Salazar Bondy— y lo que es diferencial entre lo valorativo moral y lo valorativo en general, caso de Alfred Ewing”. En

la discusión planteada, Sanz considera que hay una evidente primacía del concepto de *obligación*, aunque no siempre se admita explícitamente y, generalmente, se la recubra con términos como *norma*, *normatividad* o simplemente *valor*.

Por ello, considera necesario reafirmar que la experiencia moral está centrada en el concepto de obligación moral “ésta es su esencia”. “Sin obligación moral no hay norma moral”. Es decir que la obligación moral antecede a la norma y le da el sustrato como recipiente para el contenido empírico. “La conciencia de la obligación... debe ir acompañada de las razones que la apoyan y le dan sentido moral”. En lo que respecta a la *conducta moral*, ésta no sólo comprende —afirma Julio Sanz— las acciones o la omisión de acciones que constituyen el sentido de la *obligación moral*, sino el uso de *argumentos*. “La *experiencia moral cotidiana* no sólo se mueve entre la acción y la inacción deliberada sino también entre *argumentos* y *contrargumentos*”. Los *argumentos* se dan en dos niveles: 1. Los *argumentos de hechos* (argumentos morales) que se usan para resolver los problemas cotidianos y 2. Los *argumentos éticos* que se usan para resolver cuestiones teóricas acerca de la moral.

La argumentación moral es indispensable en la solución de todos los casos cotidianos en donde exista duda acerca de si son buenos o malos, justos o injustos, etc. Mientras que los problemas éticos son distintos a los problemas morales, pues en ellos no se trata si una acción es buena o mala moralmente hablando o si una acción debe ser realizada o no, sino sobre el *significado* de tal o cual término típico del lenguaje moral, las propiedades generales de las normas morales, los principios que pueden usarse para hacer desaparecer los conflictos de deberes y las contradicciones entre las normas, la manera o modo general de determinar si una acción es correcta o no, o si debe ser realizada o no, etc. Los problemas éticos constituyen cuestiones de segundo orden, mientras que los problemas morales son cuestiones de primer orden. Sanz, acentuando su realismo inductivista, remarca la primacía de los hechos sobre la teoría, la experiencia sobre las ideas; aunque reconoce que, en determinadas circunstancias o casos, las ideas pueden jugar el papel primordial, en una dialéctica perfectamente válida. “De hecho —sostiene— existe una práctica moral que es independiente de la teoría moral”, porque ésta poco puede hacer en lo

inmediato, por consiguiente, requerirá un proceso más largo de internalización valorativa para que se pueda percibir un cambio.

Sin embargo, en la última década de su vida la problemática epistemológica absorbió casi plenamente su atención académica. Para algunos de sus colegas Julio Sanz fue un verdadero autodidacta en el conocimiento de la biología, la física y la química; para otros, como Aníbal Campos, su fiel asistente “eso no es ser autodidacta —replica— la asumí como filósofo y como tal abordó problemas de física, química, matemática, además de temas de astronomía y alquimia, mientras que en biología estuvo fuertemente atraído por la teoría evolucionista de Darwin y la biología molecular”. Dentro del complejo campo de la epistemología se inclinó por la filosofía de la historia de las ciencias y, de manera muy particular, por las ciencias naturales. Fue un epistemólogo estudioso y preocupado por la información más actualizada, al día. Era frecuente verlo, entusiasta, compartir con sus alumnos sus últimas lecturas e informes científicos; oyente generoso y alentador de inquietudes intelectuales; incansable promotor de eventos humanísticos, científicos y filosóficos. ¡Cuántos hombres de letras aprendimos a conocer y amar la investigación científica impulsados por sus relatos y experimentos!

Julio Sanz reconoció siempre su deuda intelectual que va desde Hume y Kant hasta Nagel, Popper, Kuhn, Lakatos, Mario Bunge y Carl Hempel. Sin olvidar el rol importante de Max Black y, en especial, de su maestro Augusto Salazar Bondy, a quien dedicó su tesis doctoral con las palabras “A quien nos señaló el camino”.

Sanz fue un promotor persistente de los cursos de historia de la ciencia que atendieran, prioritariamente, la dinámica interna de las ciencias. Producto de esas jornadas académicas fueron sus obras *Introducción a la ciencia* y *Grandes ideas y experimentos de la ciencia*.

En su trabajo epistemológico *Introducción a la ciencia*, Julio Sanz nos presenta una exposición de sólida calidad académica, amablemente narrada, sobre la estructura de los sistemas científicos. Tres fueron los objetivos que Sanz se propuso al elaborar su obra: 1) exponer los conceptos básicos de la ciencia, 2) dar ejemplos actuales, además de los históricos, de su funcionamiento y aplicación, y 3) dar una interpretación realista o materialista de la ciencia. Sanz, qué duda cabe, fue un tenaz opositor a los deductivistas y escépticos en el cam-

po de las ciencias naturales: “la realidad y los hechos de la realidad no pueden probarse deductivamente”, repetía. “Las verdades de la ciencia, si han de probarse, han de probarse empíricamente en última instancia”. De similar manera replicaba a los escépticos: “los más medidos —decía— se refieren a la ciencia como un supuesto”, mientras que, “para los mas audaces (o radicales) toda la realidad es un supuesto”. Por lo general, los escépticos se basan en la existencia de determinados errores que acompañan al conocimiento científico, pero “quien está pidiendo verdades a prueba de errores, está pidiendo lo imposible. La existencia de verdades implica la existencia de errores”, sentenciaba categórico. Para Sanz, las leyes científicas sólo describen la realidad, describen estructuras simples de la realidad. Por consiguiente, la verdad de las leyes científicas, no es ni una verdad absoluta, ni una verdad lógica; se trata, de verdades inductivas.

*Grandes ideas y experimentos de la ciencia* es un hermoso libro de divulgación científica que expone con singular talento narrativo las investigaciones y experimentos que revolucionaron el conocimiento científico. Es una obra ejemplar, no sólo por su dimensión pedagógica y la notable información científica que contiene, sino por la subyugante atracción que ejerce sobre sus lectores. Es un modelo de lo que Julio Sanz preconizaba sobre el desarrollo de la historia de la ciencia —vista desde la perspectiva de su propia dinámica interna— haciendo confluír el experimento mental con la observación de los hechos y el experimento de los casos. Las ideas en su imbricación con la experiencia. Las ideas en la forma de hipótesis, de teorías o argumentos, a veces —nos dirá— anteceden a la experiencia y a veces siguen el contenido empírico, pero ambas están umbilicalmente unidas. Esta es la última gran lección que nos legó el maestro.

El 29 de febrero del año en curso, dejó de existir el Dr. Julio César Sanz Elguera, maestro paradigmático, genuino representante de la selecta estirpe de los grandes maestros sanmarquinos. Pérdida irreparable para su familia, sus discípulos, para San Marcos y, especialmente, para el futuro de la filosofía en el Perú.

Descansa en paz, Maestro.